

RODRÍGUEZ GENOVÉS, Fernando (ed.): *Política y amistad en Montaigne y La Boétie*, Institució Alfons el Magnànim, Colecció Rescat de la Memòria, Valencia, 2006, 137p.

Quien ambicionare fabricar un prontuario de los textos más significativos en torno a la idea de amistad a través de la historia de nuestra civilización sin duda habría de compilar pasajes de obras tan heterogéneas como el *Banquete*, el *Lisis* o el *Fedro* platónicos; como los libros III y IX de la aristotélica *Ética a Nicómaco*; palabras tan decisivas para la cultura cristiana como las de Jn 15, 2-15 o el libro IV de las agustinianas *Confesiones*; y, en fin, diversos fragmentos de los dispares legados filosóficos de Santo Tomás de Aquino, Immanuel Kant, Arthur Schopenhauer o Friedrich Nietzsche. Ahora bien, más allá de la asechanza de un erudito *ennui de tout dire*, lo cierto es que si se nos requiriese para distinguir los cuatro volúmenes, íntegramente dedicados a las vicisitudes de lo amistoso, que mejor han arrostrado en los últimos 2400 años la tarea de sopesarlas y honrarlas, creo que se podría sostener con cierta plausibilidad que esos cuatro títulos, curiosamente todos ellos titulados “Sobre la amistad”, bien pudieran ser el diálogo *Laelius de amicitia* de Cicerón (siglo I a.C.); otro diálogo, el *De spirituali amicitia*, del británico Aelred de Rievaulx (siglo XII); el opúsculo decimonónico del estadounidense Ralph Waldo Emerson denominado *On friendship*; y el libro que ahora tenemos entre manos, editado con competencia por Fernando Rodríguez Genovés, y que congrega el escrito de Michel de Montaigne (inserto en sus *Essais*) *De l'amitié* junto con otros sustanciosos complementos que en seguida pasaremos a detallar.

Mas antes tal vez no resulte ocioso recordar quién es el editor y traductor que tan elegantemente nos concede el placer de saborear unas páginas que resultan poco menos apacibles y tónicas que el mismo amigable tema por ellas considerado. Y es que Rodríguez Genovés (Valencia, 1955) nos mostró ya que mucho entendía de elegancia en su obra *La escritura elegante* (Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 2004), donde proseguía una labor literario-filosófica que con *Saber del ámbito* (Síntesis, Madrid,

---

Recibido: 05/02/07. Aceptado: 27/11/07.

2001) había alcanzado el Premio de Ensayo Juan Gil-Albert. Colaborador de diversas publicaciones de prensa (ABC) e internet (El Catoblepas, Libertad Digital), en este libro que ahora nos ocupa Rodríguez Genovés se encarga de redactar una pequeña pero interesante Introducción (pp. 11-27), que junto con una Bibliografía (pp. 33-38) dan paso al primero de los trataditos que reúne este tomo, el hasta ahora inédito en castellano *Ensayo sobre las ideas políticas de Montaigne y La Boétie* (pp. 39-85), de François Combes (1882). Las tareas de traducir y editar este opúsculo, así como el siguiente, el célebre *Sobre la amistad* (pp. 87-103) escrito por Montaigne (1533-1592), las asume Rodríguez Genovés para encarar a continuación la edición de ocho apéndices —entre epístolas y un prólogo (pp. 105-137)— en que se hace acopio de diversos lugares donde Montaigne se refiere a Étienne de la Boétie, su difunto amigo de juventud —y a quien está predominantemente consagrado el susodicho ensayo *Sobre la amistad*—.

Difícil resulta, de hecho, reprocharle al bordelés Montaigne el que, cuando quiso afrontar en sus *Ensayos* el asunto de la amistad, lo hiciera por referencia a un amigo concreto, La Boétie, y no se disipara en excojitaciones abstractas sobre la naturaleza de lo amistoso. En efecto —y acaso en esto se diferencie la amistad de las otras pasiones que también hacen más amena la sociedad humana, como suelen ser las amorosas o las caritativas—, se diría que acerca de ella resulta arduo hablar en términos generales: y tal vez por ello existen numerosos versos y dedicatorias destinados a amigos concretos, pero parca es relativamente la cantidad de los consignados a la “Amistad” como trascendental —algo que no ocurre con el Amor, la Caridad o su decimonónico sustitutivo, la Solidaridad—. Uno observaría que dizque nos confortan los amigos, cada uno con su particularísima tonalidad de lo amigable, pero nadie se amista con la Amistad (mientras que antiguo es ya el tópico de los enamorados del mismísimo Amor). En suma, releer el ensayito *Sobre la amistad* de Montaigne nos confirma en la especie de que bien hizo este en elegir a su principal amigo como *Leitmotiv* de sus meditaciones; pero también ratifica la oportunidad de elegir adjuntar a la nueva traducción aquí ofrecida por Rodríguez Genovés otros textos, como el de François Combes y los apéndices citados, que ahondan nuestro saber en torno a esa amistad precisa.

No menos acertado parece el hecho de que el escrito de Combes gire todo él en torno a una faceta concreta de la relación entre esos dos autores franceses: su pensamiento político. En efecto, aun cuando política y

amistad mantienen entre sí lazos no siempre sencillos de desentrañar (y a ellos dedica jugosas palabras Rodríguez Genovés dentro de su Introducción), lo cierto es que en el caso de La Boétie y Montaigne existe un vínculo reparador entre ambas regiones de la actividad humana: tanto en una como en otra es según ambos la libertad la querencia que debe convertirse en predominante. Libres hemos de ser, y por la libertad hemos de luchar, en nuestros afanes políticos; libres hemos de ser, y la libertad nos han de donar, en nuestras inclinaciones amistosas. No es otro, de hecho, el significado predominante que cabe adjudicar a esa frase, conocida por todo francés culto, que nos legó Montaigne para explicar el porqué de su cordial afecto para con La Boétie: *Par ce que c'estoit luy, par ce que c'estoit moy* —vertida habitualmente como “Porque él era él, porque yo era yo”, pero que Rodríguez Genovés prefiere traducir más escuetamente como “Porque era él y porque era yo” (p. 94)—.

Combes, con el fin de ilustrar esta tesis de la ligazón entre amicitia y política a través de la libertad, emplea agudamente repetidas referencias al texto por el cual hoy La Boétie nos es más conocido, su *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno*. Y he aquí un primer menoscabo que nos permitiríamos imputar al volumen que estamos reseñando: son tantas las páginas en que Combes, o más tarde el propio Montaigne, mientan ese *Discurso*, que no resulta improbable que el lector se quede con la sensación de que un digno complemento de todos los opúsculos contenidos en este tomo (y, sin duda, un complemento muy preferible al de algunas de las cartas circunstanciales de Montaigne incluidas en la sección final; las cuales, no nos engañemos, bien poco aportan a la plena comprensión del tema relatado) habría sido el de incluir una nueva traducción de tal *opus magnum* (aunque *parvulum* en lo que hace a su extensión) de La Boétie. Ciertamente es que los extractos que Combes se prodiga en hacer de ella son tan reveladores que cabe que nos aminoren un tanto la sed de dicha cuita; pero, al fin y al cabo, ¿qué mejor compañero para la obrita de Montaigne *Sobre la amistad* que este otro escrito de su amigo —escrito para el cual, de hecho, tal obrita estaba pensada originariamente como prólogo—?

Excelente compañía, empero, es la que hay que reconocer que sí que le brinda a los textos aducidos el apéndice que porta el número 2.1. Se trata del vibrante relato de quince páginas (pp. 107-122) que Montaigne transmitió a su padre con motivo de “algunas particularidades que observó en la enfermedad y muerte del difunto señor de La Boétie” (p. 107, n. 222). Sin precipitarse por el sentimentalismo que en un tema

tan delicado como éste somete a prueba las dotes del verdadero talento prosístico, Montaigne no sólo nos narra allí certero los últimos días de un hombre amado, sino que también logra comunicarnos el semblante virtuoso de su común intimidad, dando por buena la ciceroniana sentencia (*De amicitia*, 18) de que sólo entre hombres de bien (*in bonis*) cabe que subsista amistad alguna.

El lector atento divisará en el conjunto literario aquí reunido, por lo demás, interesantes azares intelectuales que no nos resistimos a señalar. Le resultará curiosamente intenso, por ejemplo, el sabor decimonónico de ese pasaje de François Combes (pp. 49-50) en que, comentando éste de la mano de La Boétie lo odioso de la servidumbre, se pierde para ello en un elogio... de nada menos que del colonialismo y el “deber de custodia” que los “pueblos civilizadores” han de ejercer como “antorcha del mundo” hacia los menos desarrollados. Nuestro lector posiblemente también echará de menos el que, en la Introducción, no se despliegue en más amplia medida una perspicua aprehensión que nos sugiere Rodríguez Genovés: que siendo la amistad como es tan sumamente deleitable, resulte mefítica su mezcolanza con la política cuando esta última ansía volver obligatorio (a través de comunitarismos de diversa laya) el dulce remanso de lo amistoso. Por último, a cualquiera de nosotros, lectores del tercer milenio, nos cabe añorar aquellos siglos en que aún era posible escribir como Montaigne y La Boétie lo hacían en torno a la pasión de la amistad, sin por ello tener que sentir la sombra de un freudianismo (todo lo barato que se quiera) que, por encima del hombro, nos mire sardónico para cuestionar el carácter no sexual de un sentimiento que en tan encendidos elogios les hizo a ellos (como a los ya citados Cicerón, Aelred o Tomás de Aquino) prorrumpir.

Un *topos* habitual de los estudios sobre el afecto amistoso es el que pondera la incompatibilidad de éste con la adulación mutua (Cicerón, *De amicitia*, pp. 91-92, pp. 98-99). Con miras a no incurrir aquí en pareja tara, hemos de aducir, siquiera en dos apretados párrafos, algunas de las características de la edición del libro *Política y amistad en Montaigne y La Boétie* que serían, a nuestro parecer, francamente mejorables. Así, y por comenzar con las lenguas extranjeras, lo cierto es que resultarían mucho más gratas las citas en caracteres griegos, que se presentan todos ellos carentes de acentos y espíritus, si se hubiese prestado atención a este imprescindible elemento ortográfico heleno. También se recibiría con agradecimiento el que se hubiese ofrecido una mayor atención a las eruditas citas en lengua latina, pues abundan entre éstas las erratas con mucha

mayor frecuencia de lo que la tolerancia ante el simple y normal lapsus fortuito nos permitiría admitir (véase *v.g.* la p. 92, donde “deformen” sustituye a “deformem”, y “formosus” a “formosum”; en la p. 120, la famosa expresión “An vivere tanti est?” queda transformada en un casi ininteligible “Au virere tanti est?”). En lo que atañe al idioma francés, aparte de que resulta confuso oscilar como el editor oscila entre escribir en ocasiones el apellido de La Boétie con esta grafía, y en ocasiones con la más exótica “La Boëtie”, sería asimismo deseable que diversas expresiones que permanecen en lengua gala se reprodujeran, como es preceptivo, en cursiva, especialmente cuando se corre el riesgo de que, sin tal marca, se produzca una anfibología si se tomara esa misma expresión como española (así ocurre, por ejemplo, con el sintagma *si gasté* de la p. 24, que no trata, como parecería a primera vista —pues no aparece con cursiva en el libro reseñado—, de poner un condicional ante el pretérito indefinido del castellano verbo “gastar”, sino de usar el participio “estropeado” en francés —antiguo, pues hoy se escribiría *gâté*— para dar forma a una expresión traducible en castellano por “así de estropeado” o “así de maltratado”).

Acercas de lo que concierne a la lengua española, aparte de algún inoportuno “habían nobles y gentilhombres” (p. 54), que traiciona la procedencia levantina del editor, habría sido recomendable utilizar el imperativo impersonal correcto del verbo “ver” (esto es, “véase”) cuando este procede, en lugar del nudo infinitivo (p. 45 n. 43, p. 54 n. 75; p. 64, n. 108). Asimismo resultan algo molestos los galicismos (“vale decir”, p. 58; “Bourbon” por “Borbón”, p. 67; “es por esto que”, pp. 87-88) que a veces despuntan en la digna prosa, así como el uso de la preposición “a” delante de complementos directos que no son personales (“menciona [...] a los saludables amores”, p. 81, n. 173) o el vicio laísta (“tenía que contarla un cuento”, p. 120; “es un consuelo grande para [...] esta vida el creer que la sea dable afirmarse [...] mediante la reputación”, p. 126).

Ahora bien, todo lo aquí registrado, junto con algunos usos errados de las comas (p. 109, línea 1; p. 118, n. 228; p. 125, línea 13) o de las tildes (“Pico de la Mirandola” por “Pico de la Mirándola”, p. 65 —o, si se quisiera conservar el original italiano, “Pico della Mirandola”; “Focion” por “Foción”, p. 77), no han de achacarse principalmente como yerro al ya elogiado editor de esta compilación, sino sobre todo a esa vulgar costumbre (hija de un economicismo miope) que ha ido asentándose de reciente en numerosas casas editoriales (incluidas, como es aquí el caso, ¡las de titularidad pública!): y que les hace prescindir, con consecuencias

cada vez más visiblemente dañosas, de la antaño honrada figura de los “correctores lingüísticos”. La existencia de uno sólo de estos y de su competencia lingüística nos habría salvado de la mayor parte de los desatinos que de un tiempo a esta parte saltan de ojo en libros como éste; el cual ciertamente hubiera merecido mayores cuidados formales dado lo enjundioso de su contenido, dada la concienzuda labor de Rodríguez Genovés, y dados los muy pertinentes discernimientos que a nuestra reflexión y condición presentes le podría brindar su amigable sabiduría.

Miguel Ángel Quintana Paz